

SEPTIMO PERIODO

LOS TRIUNVIRATOS Y LA REVOLUCIÓN (79-30)

CAPITULO XLVIII

POMPEYO, LÉPIDO Y SERTORIO (79-70)

I.—RESUMEN DEL PERÍODO PRECEDENTE.

La vida de los pueblos se divide en períodos que pueden llamarse orgánicos, ó de vida plena y tranquila, y en períodos inorgánicos ó de transformación violenta. Están las naciones en la primera época, cuando han encontrado la forma de gobierno que mejor conviene á sus intereses actuales; y en la segunda, cuando las fuerzas sociales entran en lucha unas con otras. El tiempo de los reyes había sido en Roma, según lo que de ella conocemos, el de la formación armoniosa de la sociedad y de la grandeza del Estado; pero fué seguido de siglo y medio de rivalidades intestinas y de debilidad exterior. Después de Licinio Estolón, al contrario, se restableció la paz entre las dos órdenes por medio de la igualdad, y la fortuna de Roma vuelve á seguir su curso. Pero á las heroicas guerras de Italia y de Africa, cuyo encadenamiento inevitable hemos visto, á las de Grecia y Oriente, más políticas que necesarias, sucedió por efecto de las causas que hemos estudiado detenidamente, un nuevo período de discordias y luchas interiores.

Desde el primero de los Gracos hasta Sila, durante cincuenta años, aquellos hombres antes tan grandes en frente de Pirro, de Aníbal y de los macedonios, volvieron á ser os hijos de la loba, y se mataban unos á otros por saber á quién de ellos había de pertenecer el mundo. A fin de seguir, en medio de tanta sangre y ruinas, el doble movimiento de destrucción y renovación que se opera en esta época en el seno de la sociedad romana y que bajo formas y nombres diferentes, continuará por espacio de otro medio siglo, recapitulemos las tragedias que hemos visto, y así comprenderemos mejor las que vamos á ver.

Dos siglos de guerras, de conquistas y de pillaje habían tenido por consecuencia concentrar todos los poderes en manos de una estrecha oligarquía y gastar aquella parte media del pueblo romano, que en otro tiempo llenaba las legiones y las tribus rurales. Dos clases enemigas, los pobres y los ricos, se encontraron frente á frente, y para evitar que vinieran á las manos en violenta lucha, procuraron los dos hermanos Gracos rehacer, por medio de la ley agraria, una población viril de pequeños propietarios rurales y constituir en el Estado, con la investidura del poder judicial á los caballeros, un tercer orden que sostuviera el equilibrio entre los otros dos.

Cayeron los Gracos por maquinaciones de los grandes, y con ellos, la causa popular, que era la causa de la república y de la libertad, parecía perdida. Pero como ofrecía á los ambiciosos un medio de producir en el foro agitaciones favorables á tenebrosos cálculos, algunos patricios y consulares se pasaron al pueblo á pretexto de defender sus intereses, y el Estado se dividió en dos facciones, los conservadores obstinados y los revolucionarios intransigentes. En el fondo, ni unos ni otros deseaban otra cosa que poder y oro: las ideas generosas que habían animado á los Gracos, murieron con ellos.

Mario, que reconstituyó el partido popular, no supo conducirlo, y su consocio Saturnino lo comprometió con sus violencias. Muerto el tribuno y desterrado voluntariamente Mario, volvió á triunfar la oligarquía.

Escipión Emiliano y el segundo Druso buscaron otra solución al problema de la constitución romana: hubieran querido ellos ampliar el *jus civitatis* en favor de los italianos, á fin de dar al imperio una base más robusta, que pudiera sostenerlo mucho tiempo. Pero el uno fué asesinado por los corifeos del pueblo ínfimo de Roma, y el otro por los caballeros, á quienes quería despojar de las judicaturas. Con esto, perdiendo los italianos la esperanza de que una ley les hiciera justicia, recurrieron á las armas para exigirla en son de guerra. Y estalló pavorosa y terrible, como lo da á entender su nombre de *guerra social*.

Vencidos los italianos, todavía parecían haber salido victoriosos de aquella lucha fratricida, pues obtuvieron el derecho de ciudadanía; pero los nobles para hacer ilusorio este derecho, hubieron de encerrar á estos ciudadanos en tribus que no habían de votar nunca, y al mismo tiempo se enemistaron con los caballeros retirándoles las judicaturas.

Mario que vuelve de su destierro, y Sulpicio, se aprovecharon de esta doble falta para asociar á su causa á los nuevos ciudadanos y al enojado orden ecuestre. Pero el uno fué asesinado, y el otro que estuvo á punto de serlo muchas veces en su fuga, vuelve seguido de un ejército de esclavos y aliados insurgentes y se baña en la sangre de la nobleza, muriendo luego, de muerte natural, cuando está para llegar victorioso el vengador de los nobles.

Así, pues, todos los partidos tienen las manos manchadas de sangre; pero la nobleza la derramó en mayor abun-

dancia. En estos cincuenta años, cuenta la oligarquía cinco victorias señaladas con los asesinatos de los principales enemigos del senado y coronadas por una dictadura inexorable.

Sila creyó acabar con la facción popular, con los italianos y los quírites por medio de una inmensa inmólación, y con todas las novedades por virtud de una legislación que hiciera retroceder á la república tres siglos, al tiempo en que los patricios lo eran todo y el pueblo nada. Los ensayos hacia adelante fracasaron: ¿será viable la reforma hacia atrás? Lo sabremos siguiendo las dramáticas peripecias de la revolución que ha de conducir á Roma á una nueva

época orgánica, en que se fijarán sus destinos por espacio de cuatro siglos.

II.—POMPEYO.

Los diez años que duró la constitución corneliana fueron una de las más desastrosas épocas que hubiera atravesado la república, época en que nadie estaba seguro de vivir el día siguiente.

El odio del pueblo y de los italianos, los resentimientos del orden ecuestre y cuatro guerras á cual más peligro-



Castellum (Castillo ó puesto fortificado) (1).

sa, tal fué la herencia de Sila. ¿Quién iba á recoger esta herencia? Un senado en que las proscripciones de los dos partidos no habían dejado una sola cabeza que superara el nivel común de la medianía: Metelo Pío, general desafortunado; Cátulo, «en quien había con que hacer muchos grandes hombres» (2), pero que no supo ser un gran ciudadano, lo que hubiera valido más para la república; Hortensio, que sólo vivía para el foro y sus murenas; Craso, menos ocupado de negocios públicos que de transformar su fortuna, mal adquirida, y comprar toda la ciudad finca á finca; Filipo, que había maniobrado tan hábilmente entre escollos, por espacio de veinte años, y descansaba, después de haber llegado á la cumbre de los honores; en fin, el más capaz acaso de todas aquellas medianías, Lúculo, elegante epicúreo, romano de Atenas, que ocupaba un puesto subalterno en los negocios, sin gusto ni afición al primer papel. Habiendo escapado bien de semejantes tormentas, estos senadores no deseaban ya más que vivir la vida en paz dis-

frutando sus granjas devastadas, que estaban ya restaurando.

Pero alrededor de ellos se agitaba una generación más joven, más ardiente, más fuerte para el bien y para el mal. Cicerón, que tenía entonces veintiocho años; César que contaba veinticuatro; Catón, que apenas frisaba en los diez y siete; Bruto, que todavía era más joven, Catilina y Verrres habían ejercido ya cargos.

Por su edad, Pompeyo pertenecía también á esta generación (3); pero honrado con los títulos de *Grande*, de *Imperator*, de *Triunfador*, marchaba aparte. Y estamos tan lejos de la igualdad, tan cerca de la monarquía, que sin

(3) Nació el 29 de setiembre del año 106 y tenía por consiguiente la misma edad que Cicerón. Se fija ordinariamente el nacimiento de César en el año 100. En este caso, nombrado en enero del 86 flamín de Júpiter, no hubiera tenido entonces más que trece años y algunos meses, lo que es muy poco para un pontificado. Su edilidad data del año 65, y según la *lex annalis*, no se podía llegar á este cargo hasta los treinta y siete años. César hubiera tenido esta edad, habiendo nacido el 102; así también hubiera tenido las condiciones requeridas para la pretura, que obtuvo el 62 á los cuarenta años y para el consulado que desempeñó el 59 á los cuarenta y dos cumplidos. Ahora bien, desde el 82 hasta el 49, se cumplió rigurosamente la ley de Sila sobre las magistraturas, excepto para Pompeyo el 70 y el 52. Cuando César volvió á Roma en abril del 49, se dió él mismo en las monedas 52 años cumplidos.

(1) Según el Virgilio del Vaticano. *Castellum* con su guarnición vivaqueando afuera, mientras los centinelas (*vigiles*) hacen la guardia nocturna dentro de los muros.

(2) Son palabras de Cicerón; pero sabido es que tenía tan fácil el elogio como la invectiva. Cátulo negó á Catón la condenación de un escribiente culpable, y quiso comprar á César la candidatura al pontificado.

haber sido regularmente llamado á ninguna función, sin ser senador, sin poder siquiera contar con un partido político, Pompeyo era omnipotente en la ciudad. Este personaje frío, irresoluto, y tan incapaz como Mario de una concepción política, ha sido, sin embargo, muy mal tratado por los historiadores modernos, dados á juzgar á los hombres por sus debilidades y pintarlos por la anécdota, aun apócrifa, á la manera de Plutarco. Un hombre no puede conservar por espacio de cuarenta años la gran posición que se creó Pompeyo desde los primeros días, á no ser por algún concepto superior á sus conciudadanos. Ciertamente que hasta su última batalla, mereció mejor que Sila el sobrenombre de favorito de la Fortuna, que hizo mucho por él; pero él ¿no hizo nada por ella? Si encontró circunstancias propicias, supo también sacar de ellas, por su audacia ó su prudencia, ventajas que otro hubiera dejado perderse. Sus noches pasadas en vela, sus estudios perseverantes para preparar y encadenar de antemano la victoria, no son de un hombre entregado al favor de los dioses.

Sin ser un Catón, tenía su frugalidad y su odio á las muelles costumbres importadas del Oriente, con menos afectación, y cierta dignidad contenida que revelaban al hombre nacido para el mando. Un día que estaba enfermo y repugnaba toda clase de alimento, le propinó su médico la regalada carne del tordo; buscáronse por todas partes y en ninguna se encontraron. Alguien hubo de asegurar que se encontrarían en casa de Lúculo, que los hacía cegar para el uso de todo el año. «¡Por Júpiter! exclamó Pompeyo, y si Lúculo no fuera un glotón, ¿no podría vivir Pompeyo?» Y no quiso que se hicieran más diligencias.

Era también elocuente, pues á los veinte años, en una causa difícil, salvó la memoria de su padre, quedando el juez tan complacido, que en el mismo tribunal hubo de tomarlo por yerno. Sobre todo, era bravo, habiendo pasado casi toda su vida en los campamentos: tan audaz como emprendedor, en medio de Italia cubierta de legiones, que mandaba Carbón, se declaró por Sila, y le llevó un ejército que acaso fué su salvación.

Pompeyo supo conservar este ejército para sí, á la vez que haciéndolo servir á los intereses del partido: lo condujo adonde quiso el dictador; á la Cisalpina, á Sicilia, al Africa; en todas partes vencedor é imponiendo respeto con sus victorias hasta al mismo Sila, que creyó reconocer en aquel joven siempre afortunado el poder fatal que él quería ver respetado en su propia persona.

El terrible dictador estaba como subyugado, y para evitar que esta felicidad llegara á ser rival de la suya, hizo entrar á Pompeyo en su familia, dándole á su nieta Emilia. Con todo eso, hubo un momento de desconfianza. Luego que Pompeyo hubo vencido á Domicio y á Hiarbas, le ordenó que licenciara sus tropas. Los soldados se rebelaban á la idea de perder el honor y el provecho de una entrada triunfal en Roma: Pompeyo los calmó y volvió solo.

Esta confianza lo salvó. Sila salió con todo el pueblo á recibirlo y lo saludó dándole el dictado de *Grande*. Pero Pompeyo quería el triunfo, un triunfo pomposo y magnífico, porque había traído de Africa elefantes, que debían tirar de su carro, y no era siquiera senador. Sila se negó á esta pretensión.

«Pues que se vaya con cuidado, se atrevió á decir el joven victorioso, y no olvide que el sol saliente tiene más adoradores que el sol poniente.» A su alrededor todos temblaban, y el dictador, sorprendido por la primera vez, cedió. «Que triunfe, dijo dos veces; que triunfe pues» (81). El pueblo aplaudía esta audacia, y miraba ya con la mayor complacencia á un general que, con ser tan mozo, no

temblaba en presencia de aquel ante quien todos temblaban.

Pompeyo no había ejercido aún ningún cargo civil ó político, prefiriendo á las fasces consulares la posición que él mismo se había creado sin elección del pueblo ni del senado. Pero también era el único entre todos los jefes de partido, que no se había manchado en las proscripciones ó á lo menos en el pillaje de los bienes de las víctimas. En Asculo, durante la guerra social, no había tomado más que algunos libros: era también una singularidad feliz, que venía á ser un reproche para los vencedores y una esperanza para los vencidos. Amado de los soldados y respetado por el pueblo, tenía una importancia de que no quiso servirse en provecho propio ó personal, porque no deseaba un consulado que pasara en la oscuridad, y comprendía que no habían llegado aún los tiempos para señalarse en esta magistratura con algún acto memorable ó digno de él.

Por otra parte, á los veinticuatro años de edad, no hubiera podido tampoco solicitarlo violando la ley establecida; pero quiso probar hasta dónde llegaba su influencia apoyando una candidatura hostil al senado, y á pesar de los nobles, hizo triunfar á Lépido, que no ocultaba su odio á las nuevas instituciones (1).

«Joven, le dijo Sila, viéndolo atravesar muy orgulloso la plaza de los comicios, parece que estás muy satisfecho de tu triunfo. Es, en verdad, una grande hazaña haber hecho llegar al consulado á un mal ciudadano; pero vete con cuidado porque has favorecido á un adversario más fuerte que tú.» Estas palabras fueron casi proféticas. Cuando se supo la muerte del dictador, quiso Lépido impedir que se hicieran á su memoria honores públicos y aun hubo de hablar de abolir sus leyes. Esto era ir demasiado aprisa para Pompeyo. A pesar de la frialdad que Sila le había mostrado en sus últimos tiempos, Pompeyo se respetaba demasiado á sí mismo para apartarse tan pronto de la causa que había servido: uniéndose al otro cónsul, á Cátulo, y muerto Sila, triunfó otra vez más. Pero al salir de los funerales los dos cónsules, por poco no vienen á las manos.

III. — LÉPIDO. — NUEVA GUERRA CIVIL (78-77).

Este Lépido, padre del triunviro, pertenecía á una ilustre familia patricia, la *gens Emilia*. En la guerra civil se declaró por Sila y se dió muy buena maña para hacer una gran fortuna con los bienes de los proscritos. Habiéndole tomado el gusto á esta fácil manera de adquirir, cometió en su pretura de Sicilia el 81 tales exacciones, que Cicerón lo pone en primer lugar, aunque después de Verres, entre los despojadores de las provincias. Con esto se encontró luego en aptitud de construir el mejor palacio de la ciudad, que exornó con columnas de mármol amarillo de Numidia, las primeras que se hubieran visto en Roma (2). Rico y de noble prosapia, tenía Lépido todas sus conexiones en el partido de los grandes. Pero por este lado estaban tomados los primeros papeles, y se pasó al partido contrario, llevado á esta resolución por su casamiento con Apuleya, hija de Saturnino, por su temor á un proceso sobre concusión de que estaba amenazado, y sobre todo por su ambición, porque los desinteresados reformadores de la genera-

(1) Véase en los fragmentos de Salustio un violento discurso, que este historiador pone en boca de Lépido y que termina con un verdadero llamamiento á las armas. Si no es de Lépido, refleja muy bien sus sentimientos.

(2) Su casa, dice Plinio, era entonces la más bella de Roma; pero tan rápidos fueron los progresos del lujo que 35 años después, más de cien casas superaban la suya en magnificencia.

ción precedente no tenían ya sino ambiciosos por sucesores.

Se mata ó se proscribió á los hombres, pero no se acaba con las ideas justas y las necesidades verdaderas, sino dándoles satisfacción; y como la restauración no había tenido en cuenta ninguna de las novedades que el pasado había producido ó reclamaba el presente, bastó á Lépido recordar el restablecimiento de la ley frumentaria y el destierro de los que gemían lejos de sus hogares, para reconstituir el partido que Sila pensaba haber ahogado en sangre.

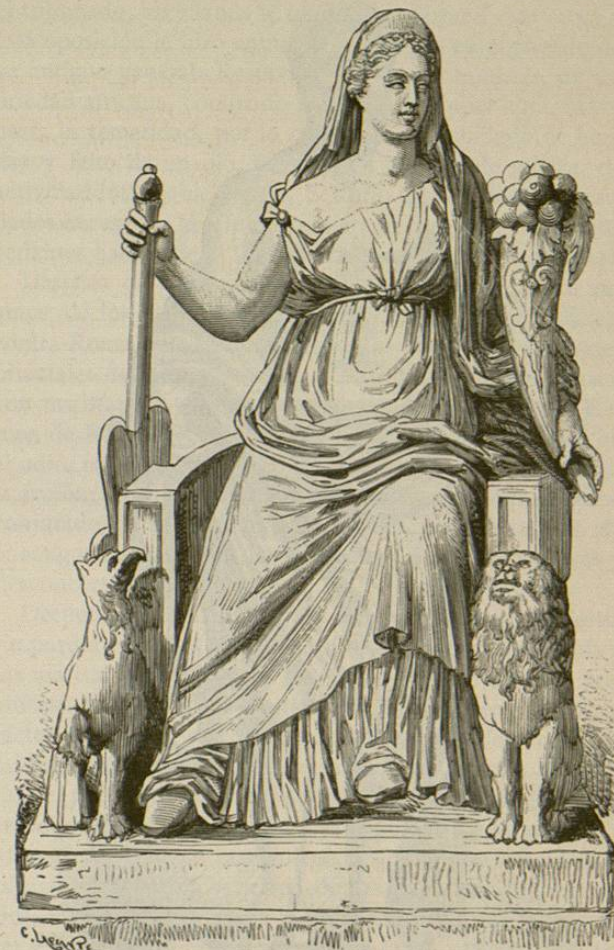
Desde que se creyó que uno de los cónsules estaba dispuesto á deshacer lo que la dictadura había hecho, una multitud de gentes pusieron sus esperanzas en nuevos trastornos: las familias de las víctimas creyeron encontrar en ellos sus bienes perdidos; la juventud dorada, recursos para sus ruinosos desórdenes; los tribunos, el poder; el pueblo distracciones que rompieran la monotonía de sus días silenciosos, en que durante tres años, no habían visto una tempestad en el foro. Los caballeros no perdonaban á los grandes la usurpación de su poder judicial; los pobres, la supresión de las larguezas de la anona; los hijos de los proscritos, la pérdida de sus derechos civiles. Fuera de esto, los ambiciosos, mantenidos á distancia del poder por la oligarquía, se prometían sacar partido de estos enojos, que eran también esperanzas. Una gran provincia, España, estaba en manos de Sertorio; la Cisalpina tenía por gobernador á un Junio Bruto, de fidelidad dudosa; en todas partes los numerosos descontentos, que habían hecho tantas revoluciones, anhelaban hacer otra, y algunos maristas, los de más viso, se atrevían á volver de suyo á Roma. Perperna, el pretor que Pompeyo había expulsado de Sicilia en otro tiempo, César, el hijo del cónsul Cinna, habían vuelto ya también, y como sucede siempre á los proscritos, no habían olvidado nada.

Lépido se dió más prisa: puso en vigor la ley Sempronia sobre las distribuciones de trigo al pueblo, para atraerse á los mendigos de Roma, y prometió devolver sus tierras á los que habían sido despojados de ellas, á fin de granjearse la buena voluntad de los italianos. Con esto en todas partes levantaron la cabeza los perjudicados, y algunos reunieron armas. Preparados de los primeros los de Fiésole se vinieron encima de los veteranos establecidos en sus puestos fuertes (*castella*) y los expulsaron de sus términos, no sin haber dado muerte á buen número de ellos. Esto podía ser la señal de un grande incendio, y el senado, que el dictador creyó haber hecho tan fuerte, se llenó de espanto, sin que el espanto le diera más energía ó resolución. Entre Cátulo y Lépido, que ya se amenazaban, no supo intervenir sino con ruegos, para obtener de ellos el juramento de que no tomarían las armas uno contra otro, y creyó obviar todo peligro, decidiendo que los dos cónsules fueran á sus respectivas provincias: Cátulo á la Cisalpina; Lépido á la Narbonesa. Se decía que eran de temer por esta parte algunas agresiones y se cometió la imprudencia de asignar una gruesa cantidad para decidir al ávido procónsul que se enviaba allí á ganar su gobierno. Como de paso debía calmar el tumulto de Fiésole, iba autorizado para levantar tropas, y nada le faltaba para crearse un ejército.

Mientras Lépido se alejaba lentamente, Cátulo continuaba la reconstrucción comenzada por Sila del templo Capitolino, que dominaba majestuosamente el Foro (1), trabajos inmenso de que no quedan más que las subrucciones

(1) Existe aún la inscripción que el senado hizo grabar: *Q. Lutatius. Q. F. Q. N. Catulus Cos. substructionem et tabularium ex sen. cons. faciendum curavit.*

macizas que sostienen hoy el *palacio del Senador de Roma* y que en tiempo de Cátulo sostenían el *Tabularium* ó sala de los Archivos. En la parte inferior de la fachada colocó una Minerva de Euforanor, que el pueblo se acostumbró á llamar la *Catuliána*; pero reservó para el templo consagrado por su padre, después de la guerra de los cimbras, á la Fortuna del día dos estatuas de Fidias, robadas, como la precedente, á la Grecia. Los romanos, que no sabían hacer tales obras maestras, sabían á lo menos estimarlas y sobre todo tomarlas. El templo se llenó de ofrendas de todas clases enviadas por las ciudades, por los pueblos y los reyes. Una, sin embargo, faltó, un mueble de oro, guarneci-



La Fortuna (2)

do de piedras preciosas, que el rey de Siria destinaba al Capitolio y su embajador, al pasar por Siracusa, cometió la imprudencia de enseñar á Verres. Verres se lo robó: el donativo real, destinado á Júpiter Máximo, sirvió para adornar el gineceo de la *Golondrina*, una de las mancebas del sátrapa siciliano (3).

Las fiestas de la dedicación duraron muchos días y se distinguieron con una novedad que hubiera maldecido Catón. Para resguardar del sol á los espectadores hizo Cátulo cubrir su teatro con groseras telas, que un día serán reem-

(2) Clarac: *Mus. de escult.*, p. 455, núm. 834. Estatua del Museo real de Berlín, llamada por Clarac *Fortuna naval*, por el gobernalle que tiene en la mano derecha, debido á una restauración moderna. Está sentada en un trono entre un águila y un león. Esta rara disposición ha decidido nuestra elección entre las numerosas representaciones de la diosa Fortuna, de quien Plinio decía que era invocada en todas ocasiones y á todas horas. (*Hist. nat.*, II, 7.)

(3) Cic. II in Verr. IV, 31. Esta beldad se llamaba *Chelidone*, que es el nombre griego de golondrina.